

## Esto no es un libro ilustrado

### Grafía

MARÍA MERCEDES ANDRADE  
Alejandra Bonilla (ilustración)  
2017, 51 pp.

### Condición

SANTIAGO JIMÉNEZ RAMÍREZ  
Mauricio Gatiyo (ilustración)  
2016, 26 pp.

### Fragmentaria

VIOLETA VILLALBA  
Juliana Arboleda (ilustración)  
2016, 53 pp.  
Bogotá, La Jaula Publicaciones

COMO PARTE la colección Poesía Ilustrada de La Jaula Publicaciones, premiada por el Instituto Distrital de las Artes (Idartes) con la Beca para Proyectos Editoriales y Emergentes en Literatura, de su Programa de Estímulos en 2016, aparecen tres mínimas plaquettes en las que escritores e ilustradores colombianos comparten su obra desde el libro como propuesta experimental. En el primer título, *Grafía*, la poeta y narradora María Mercedes Andrade —autora también de la novela *Elegía para un insomne* (2007, Cuarto Propio)— conversa con la ilustradora Alejandra Bonilla desde el mismo concepto de grafía, esto es, desde la huella, el grabado, la cualidad representada en el juego empírico dado entre la ilustración y el poema que se configura espacialmente de manera también gráfica a lo largo de este volumen de la colección. Así, el poema “Interior” dialoga —de alguna manera— con un dibujo de Bonilla, y entonces entendemos que en esta suerte de conversación interdisciplinar no están llamados ni mucho menos obligados a revelarse el uno en el otro, ni siquiera a hablar de los mismos tópicos; pueden ir del automatismo a la representación, acaso constituirse como territorios o arquitecturas en un sentido simbiótico y espacial:

INTERIOR  
cobijado y oculto  
armaste un mundo.  
de retazos de tela y pedazos de  
papel,  
de ganchos de grapadora,

botones rotos,  
hojitas secas,  
nubes de algodón.

luego lo pegaste con babas.  
(p. 8)

Este libro está atravesado por ilustraciones a manera de rizomas, mapas de vías urbanas que se pierden dentro de la evocación de manera no enunciativa. Entonces no queda otra que especular un poco: puede que se trate de un ejercicio concreto de écfrasis, el verbo se convierte en ilustración y viceversa; puede que haya un diálogo real más allá de las palabras como límites simbólicos que aquí son interpelados o complementados por su contraparte. En todo caso, y bajo el entendido de que tanto la imagen como las palabras quieren ser protagonistas, se hace necesario un texto introductorio, un libro más conciso, y no ese desenlace del que adolecen los tres títulos reseñados, escuetas notas a manera de biografía y humo. ¿Y qué si el diálogo interdisciplinar no es otra cosa que un accidente? Volvamos a especular. En poemas como “Afasia” o “Surco”, tanto las palabras como la ilustración gobiernan en su mundo y puede uno encontrar, en un juego más supersticioso que representativo, una secreta conexión, como a través de un espejo cóncavo, por cuanto hacemos una abstracción con una técnica de ilustración que nos puede llevar a cualquier conclusión apurada:

SURCO  
yo en cambio recorrí mil años  
por las rutas desvencijadas  
de otra ciudad.  
ires y venires  
de la casa a la estación,  
de la estación al trabajo,  
al mercado,  
al almacén,  
mis pasos pintaban huellas sobre el  
asfalto.

¿dónde están los caminos que  
labré?  
retraso ahora la palabra  
reviso la ruta,  
me oriento.  
  
sobre mis espaldas  
llueve una sombra liviana de hojas

mientras con caligrafía diminuta  
dibujo este,  
mi lado del abismo.  
(p. 26)

Los poemas de Andrade suelen ser breves e intimistas, surgen claramente de una especie de introspección metafísica que enuncia lo exterior como forma de sublimación de la experiencia hasta materializar aquellas sensaciones, filosofarlas tangencialmente o diluirlas en el silencio de las pausas de los versos, las distancias en la diagramación, los saltos de párrafo. Al otro lado está la sensación que pueda dejar el creer ver una correlación con lo ilustrado, quizá fingir alguna correspondencia efectiva o, como ya se dijo, encontrar una conexión profunda en la que no se trate solo de un libro de poemas ilustrado, el dibujo como adorno editorial y no como obra de un autor.

En su libro *Otros colores*, el Nobel turco Orhan Pamuk hablaba de su enfrentamiento con algunos ilustradores para quienes la situación resultaba algo menos creativa: cuando se les pedía una carátula para uno de sus títulos, como por ejemplo *El castillo blanco*, algunos acometían la labor de crear un castillo. Esta relación siempre estará supeditada al propósito del editor, al tipo de libro, a la idea incluso mercantil que se tenga de él. No siempre sucede lo mismo con un libro para niños, un cuento ilustrado, por ejemplo. No sucede lo mismo en esta colección, por lo que la expresión “poesía ilustrada” crea muchos caminos, como puede verse en los estilos que acompañan cada poemario de La Jaula. ¿Se trata de libros a cuatro manos?, ¿acaso de libros a dos manos con un trabajo ilustrativo extra, de ñapa, para poner bonito el diseño?

El segundo título, *Condición*, del poeta Santiago Jiménez Ramírez, ilustrado por Mauricio Gatiyo, evade un poco la abstracción que puede hallarse en *Grafía*, sobre todo porque mezcla algo de estilo figurativo con construcciones surreales y otras geométricas que me llevan a recordar la suerte de dibujos que el poeta español Federico García Lorca solía hacer para acompañar buena parte de sus poemas, sobre todo los de su época de Nueva York, y a los que se les quiso calificar

POESÍA		RESEÑAS
<p>de subjetivistas. El poema aquí cobra una mayor fuerza semántica gracias a su diálogo real con el dibujo, reflejo de las obsesiones y desaliños de un alma como la de Lorca. En este como en el anterior libro, los poemas juegan con el espacio de la página de manera significativa, aunque para citarlos no los transcriba siendo fiel a dicha disposición por cuestiones de diagramación. Para hacerse una idea, en el caso de “Poema en la copa de un árbol”:</p> <p>La cadencia nace y muere invisible.</p> <p>Grave, es de un dios su omnipresencia.</p> <p>Dejas mi carne suspendida libero un ruido desde mi pulso primero.</p> <p>Descubro una región que conecta el día con el pensamiento.</p> <p>Te regalo este mantra que deshace el tránsito del tiempo. (p. 10)</p> <p>Algunas de las ilustraciones de Gatiyo recuerdan también la iconografía indígena que aparece aquí para denotar una idea muy general en el libro: la dualidad, la masa, el camino y la idea del poeta plural. Puede que aquí el texto se acerque un poco más a la parte gráfica y no haya tanta necesidad de echarnos el cuento del poema ilustrado.</p> <p>Yo vestía de pendiente tú vestías la brújula de los pájaros en el más largo de tus dedos y el imán de mi sombra atrapado en tus dientes.</p> <p>Mientras me oyes arder soy muchos Lázarus. (p. 9)</p> <p>De esta manera, la noción de viaje y pérdida lleva al libro a una conclusión inevitable e interesante, a manera de pieza teatral: “Como el amor no tiene orillas / todo en él es naufragio” (pp. 30-31). Casi como entender que la condición de poeta es, de una forma muy</p>	<p>rilkeana, la de renuncia y fatalidad irrevocables, incluso la condición de la partida: “Camino como un batallón de gases / cantan una canción furiosa. / Una canción de guerra” (p. 20). Aunque la imagen de los gases no parezca, al fin y al cabo, afortunada.</p> <p>El tercer volumen de la colección, <i>Fragmentaria</i>, recoge poemas de la autora bogotana Violeta Villalba y fue ilustrado por Juliana Arboleda. Valga anotar que las notas biobibliográficas de cada libro dan muy poca información de sus autores y están escritas en general con un tono que busca desprenderse, supongo, del acartonamiento con que se suele presentar esta materia en las notas de solapa (aunque desde hace algunos años es muy común ver autores que han preferido evadir esta costumbre lanzándose simplemente a hablar de sus gustos o de sus aficiones diarias, lo que en últimas resulta quizá menos importante que tener noticia de sus libros o sus premios. Allá cada cual). En todo caso se trata, en general, de jóvenes universitarios abocados a reflexionar experimentalmente desde sus áreas de estudio. En el caso de las autoras de <i>Fragmentaria</i>, se nos dice que Violeta adora los libros y escribe desde que tiene memoria; o que a Juliana le encanta sumergirse en las geometrías de las plantas tropicales. Por lo demás, son las únicas que mencionan de afán sus estudios, incluso su fecha de nacimiento. La primera es poeta, editora y madre, filóloga de la Universidad Nacional; la segunda, publicista y editora.</p> <p><i>Fragmentaria</i> resulta ser el libro más homogéneo de la colección, o al menos de estos tres primeros libros, aquí reseñados. Las ilustraciones son de técnica mixta y atienden un poco más al tema de los poemas, de manera figurativa: donde se menciona un insecto, hay un insecto; donde se habla de una grieta —espiritual claro—, hay una curita... Cualquiera les daría el feo nombre de “viñetas”.</p> <p>Los poemas recogidos hablan por igual desde lo intimista, revelando sin muchos rodeos el universo emocional de su autora, el insomnio, la pérdida, la partida, y el escribir como forma de hablar consigo mismo desde la herida:</p>	<p>ESCRIBIR artificio de sangre exorcismo de las entrañas</p> <p>arder sinceramente dejarlo todo en el instante</p> <p>hablarse a sí mismo dejar de fingir</p> <p>porque nadie escucha (p. 35)</p> <p>En este último libro hay grietas, geranios y rosas que aparecen por aquí y por allá, aunque en grises —no hubo policromía para el premio—; bolas de fuego que arrastran pesadas cadenas de hierro, vasijas rotas y mujeres aladas desplegando sus cabellos como en una ensoñación. Hay sobre todo telarañas que crecen entre las flores ornamentales de una matera, ilustraciones y poemas a manera de fragmentos, tal cual el verso que le sirve de epígrafe al libro: “Si alguna vez logro juntarme, ¿quién seré?” (p. 3).</p> <p>La colección cuenta con un cuarto título, <i>Cráter</i>, escrito por Tania Gagnitsky e ilustrado por José Sarmiento. En este, <i>La Jaula</i> continúa con su empresa dedicada a experimentar desde su apuesta sobre todo plástica y de diseño. Me temo que sigue brillando por su ausencia un trabajo consciente en materia de textos —<i>La Jaula</i> es más un colectivo de artistas de lo visual—, y queda en el aire una poesía que, aunque tranquila y acorde a lo que esta colección espera proyectar, resulta nada novedosa en su forma y su fondo. En ella se vuelve a los lugares comunes por los que la juventud resulta nociva para la poesía: el cargado intimismo, las frases obvias, los mismos moldes y nada de perspectiva ni de escarceo en la imagen y el símbolo. Son más bien palabras diseñadas en la página, versos fragmentados, escalonados... El resto: artistas plásticos gestionando un proyecto editorial con mucho por explorar.</p> <p><b>Carlos Andrés Almeyda Gómez</b></p>